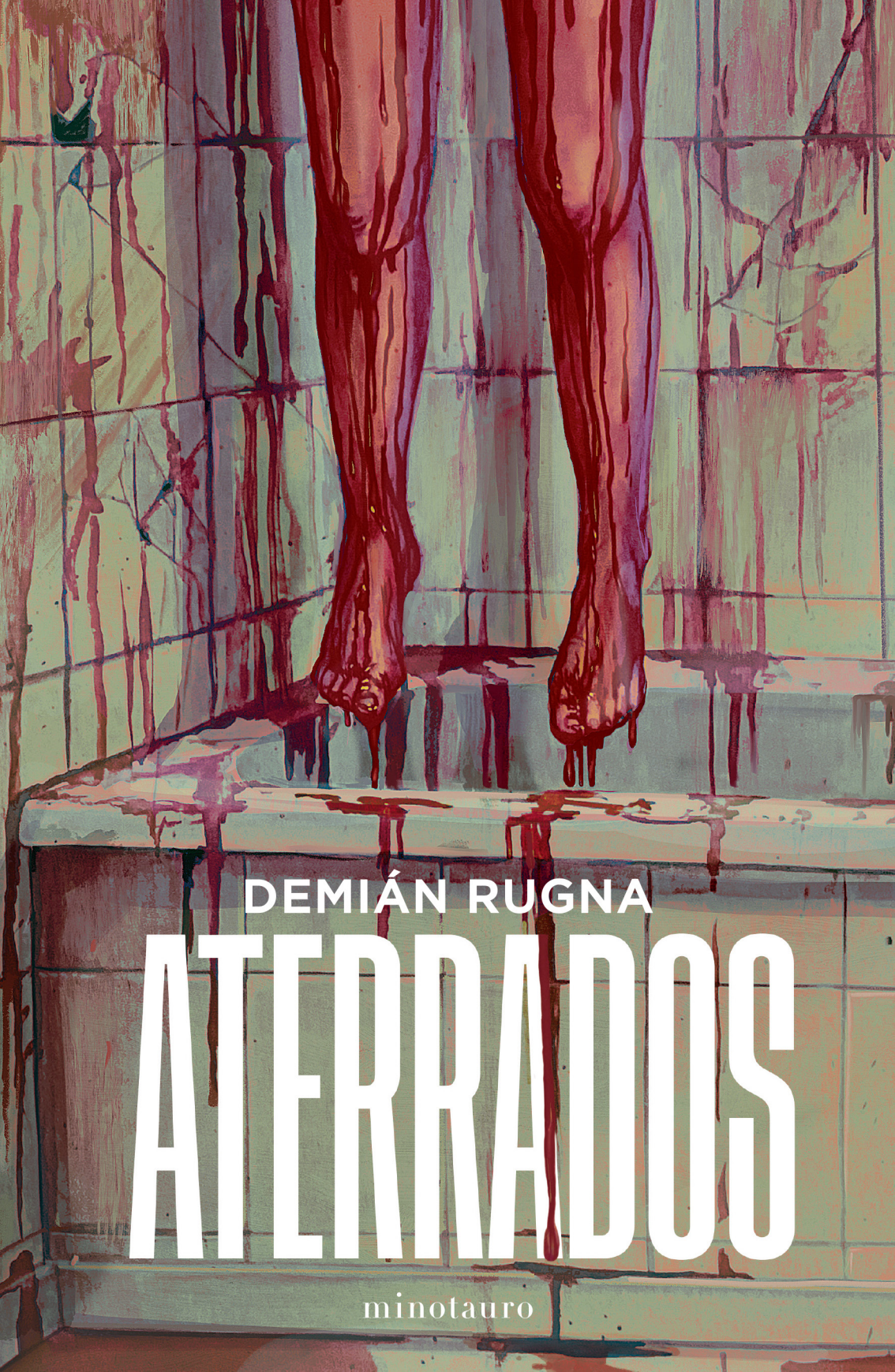


A painting of two legs hanging from a tiled ledge, dripping with blood. The background is a wall of light green tiles with dark red lines. The legs are pale and are covered in thick, dark red blood that is dripping down the front of the legs and onto the ledge below. The overall tone is dark and macabre.

DEMIÁN RUGNA

ATERRADOS

minotauro

Demián Rugna

ATERRADOS

minotauro

PUCHO

Pum pum pum. Uno dos tres. Golpe golpe golpe. La pelota pica, la pelota rueda, está desinflada esta pelota. Mejor es la de Patricio. Pum pum pum. Pica y pica contra el suelo. Hay barro, se ensucia. Me miro: yo estoy sucio también. Mamá. Mamá se va a enojar, me va a decir que sea más cuidadoso. ¿La mamá de Patricio lo retará también? ¿Y su papá? No sé, yo no sé, porque tampoco sé lo que es tener papá. Había unos señores, una vez. Hace tiempo. Señores que eran amigos de mamá, eso decía ella, pero no, yo sé que no. Amigos somos Patricio y yo. Y aunque a veces me quedo a dormir en lo de Patricio, no es como cuando estos señores se quedaban en casa. No. Patricio y yo jugamos, vemos tele y a la mañana tomamos Nesquik que nos prepara mi mamá o la suya. Los señores amigos de mamá en cambio están serios. Intentan hacerse amigos míos. Me rascan la cabeza, me preguntan cosas del cole, me hablan de fútbol. Qué aburrido. Quieren hacerse amigos míos pero de mamá no, de mamá quieren otra cosa, algo que no sé qué es. Pum pum pum. Uno dos tres. Ya me perdí, perdí la cuenta de cuántas veces piqué la pelota. Uno de esos señores era policía, me dijo. Y tenía armas. Una vez me llevó a andar en un patrullero con otro policía. Les

pedí si podían prender la sirena, las luces. Ni nu ni nu ni nu con las luces azules y rojas, son re lindas esas luces. Me gustaría tenerlas en casa pero ya mamá me dijo que no. Estuvo re buenísimo. Pum pum pum. El policía me dijo que mamá era su amiga desde que eran chicos. Una vez lo vi llorando y mamá lo acariciaba como a mí. Siempre lloraba. Le conté a Patricio que el policía amigo de mamá lloraba y se rio de él. Patricio dice que la policía no llora. Mamá lloraba mucho también y no me gustaba. Una vez le dije a mamá que no quería que su amigo esté en casa. Ella no me dijo nada. Y después no lo vi más. No se murió, dice mamá, el policía sigue vivo. Pero mi papá sí, dice que se murió, una vez le pregunté a mamá y me dijo que estaba muerto. Otra vez volví a preguntar y se enojó. Una vez me dijo que cuando yo sea más grande me va a explicar. A veces mamá me miente para que yo no me sienta mal. ¿Y la pelota? ¿Dónde está?

Patricio señala la casa de enfrente. Es la casa de Walter. La voy a buscar. Hace mucho que no veo a Walter. Siempre lo veo en la plaza cuando vuelve de trabajar. O en el súper. En su casa hay una canilla, es la única que hay en la cuadra y el agua es más rica que las aguas de las canillas de la cuadra de Patricio. Había una canilla con agua re rica en la casa de Juan y Clara. Pero ahora pusieron rejas. Mamá se queja de que todas las casas tienen rejas ahora. Tengo sed. Busco la pelota y tomo agua. Igual tengo un hambre que me muero. Mamá debe estar preparando la merienda. Yo le dije que tenía hambre hace como una hora. Patricio a veces no quiere tomar merienda porque quiere jugar. Pero yo me muero de hambre mucho más que Patricio. Mamá dice que Patricio no toma merienda porque su papá no tiene plata. Pero que no le diga nada. Para mí no, porque Patricio tiene mejores juguetes. Mamá dice que es porque tiene más tíos y familia. Pero la merienda de Patricio no tiene cereales porque son caros. Su mamá hace pan

con manteca. La canilla de la casa de Walter tiene un agujero muy grande y no sirve para hacer bombitas de agua. Eso es lo único que no me gusta de la canilla. El agua sale, es el chorro finito hoy. A veces sale fuerte a veces no. Shhhh hace el agua que sale. Shhhh shhhh. Parece hablar la canilla, qué gracioso. Ahora escucho un grito. Un golpe en la persiana de la pieza de Walter. ¿Quién grita? Ey, gritaron. Ey, gritó. Miro. Walter está hablándome detrás de la persiana. ¿Está enojado? Me grita, me grita mucho. ¿Qué hice? ¿Rompí algo? ¿Pisé una planta? Una vez pisé una planta de margaritas y la vieja Berta se enojó mucho. Pero no está enojado, no, está asustado. Ya me di cuenta. Me grita.

Dice que no tome de su agua...

Que no vuelva a entrar a su casa...

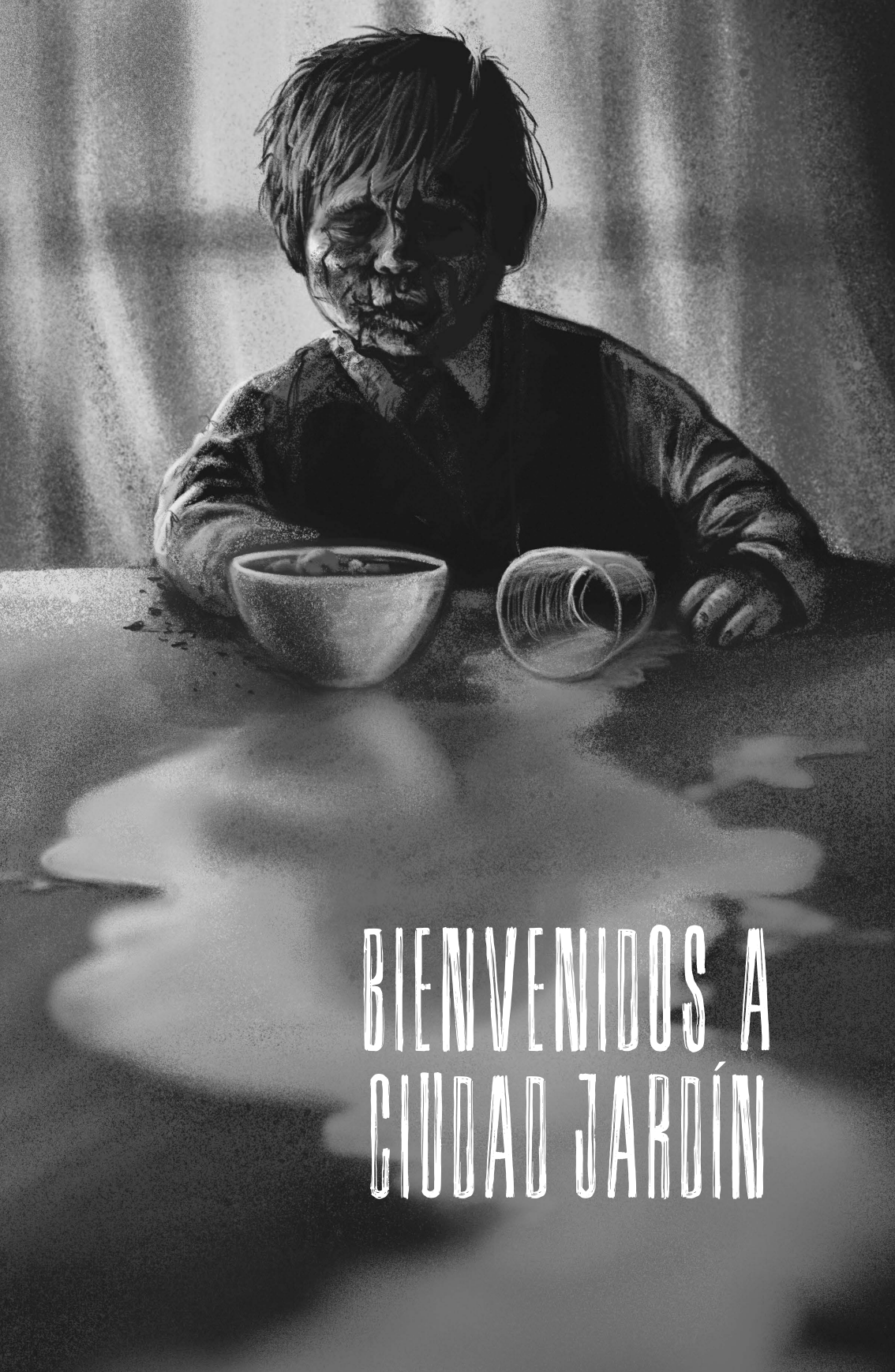
Que estoy en peligro...

Me asusto. Me quiero ir. ¿Es Walter? ¿O es otra persona? No lo puedo ver... lo tengo que ver... tengo que irme de su jardín. ¿Dónde está? ¿Por qué grita? Ya agarré la pelota, mejor me voy despacito... para atrás... pero está detrás de la persiana. Parecen ser dos personas. Una es Walter. La otra no sé. Es más alta. Me dan miedo. No me meto más, la próxima que vaya Patricio... Me voy... mamá ya debe tener la merienda en la mesa.

PUM.

Me duele, me duele todo el cuerpo. ¿Qué fue eso? Veo a un colectivo acostado en la calle, volcado, como mis camiones de juguete. Lo veo acostado, yo también estoy acostado. ¿Por qué? Sí. Me duele. Me duele. Quiero llamar a mamá y decirle que me duele mucho. Por qué hay tantos gritos. Veo gente que se empieza a acercar adonde estoy yo, adonde estamos con el colectivo. Me miran. Algunos gritan. Los veo pero no los veo, están borrosos. ¿Dónde está mamá? Me duele.

Ahora ya no siento nada.



BIENVENIDOS A
CIUDAD JARDÍN

JANO

El teléfono de línea sonó en el momento en el que Mario Jano tenía un sueño difuso, en el que alguien o algo le impedía moverse. Con esa sensación se despertó, pensando que aún le estaba imposibilitado el estirar el brazo para alcanzar el tubo del teléfono verde que estaba en su mesa de luz. El hecho de que fuera ese teléfono, además, lo descolocó, porque solo personas muy cercanas tenían ese número; sabía que quien estuviera llamando tendría que antes haber probado llamándolo a su celular, por esas horas ya sin batería. El teléfono de línea era una antigüedad necesaria, un aparato para emergencias que Jano guardaba en el dúplex en el que vivía desde hacía ya varios años.

Cuando por fin se despertó lo suficiente, pensó en la posibilidad de un bromista, alguien aburrido o malicioso, o ambas. La idea de que su descanso se viera reventado por un insomne sin nada mejor que hacer cargó su cuerpo de una furia anticipada, como preparándose para putear a quien estuviera

del otro lado de la línea. Su sueño se debilitaba cada año un poco más, las horas que pasaba dormido ya no eran suficientes para soportar las que pasaba despierto.

—¿Hola? —dijo y fue consciente de su aliento al hacerlo rebotar en ese auricular teñido de amarillo rancio tras décadas de cigarro y conversaciones interminables en tiempos donde se hablaba por teléfono por el solo hecho de hablar, cuando había amigos y colegas, cuando no existían las aplicaciones de mensajes, cuando los que estaban del otro lado de la línea estaban vivos. Una nueva idea se le cruzó por la cabeza, que lo dirigía de nuevo a pensar que quien llamara tendría que estar haciéndolo por una emergencia del peor tipo: su hija. Su hija, lejos, en Rosario. La molestia que había sentido apenas hace instantes se convirtió en un ruego interno. Rogaba no escuchar la voz de su hija, o la de su secuestrador o su exmarido, eso sería mucho peor. Tragó una cantidad considerable de saliva. Hubo una pausa que alcanzó para que Jano perciba el olor a cigarro atrapado en los orificios de ese auricular. Particulares, Parisiennes, 43/70, mixturas de cigarros que ya no existen hace décadas, impregnados y sedimentados en los orificios del viejo teléfono de Jano que preservan memorias de viejas conversaciones como mosquitos en ámbar.

—Jano. Disculpá la hora —dijo la voz del otro lado.

Ya más tranquilo, Jano se concentró en la voz, esa voz rasposa y gruesa. La sintió cercana, reconocible, aunque aún no sabía quién era. En el tono vislumbró un rasgo de carácter, el de alguien que no siente la necesidad de presentarse de entrada. Alguien que está acostumbrado a que lo reconozcan. En otro momento de su vida, Jano habría captado de quién venía esa voz. Reconocería en una sílaba y a cualquier hora a cada uno de sus superiores, a cada juez curioso, a cada fiscal y fun-

cionario o encargado de laboratorio. Pero se había jubilado y desde entonces les había perdido el rastro a esos personajes casi por completo.

—No te llamaría a esta hora si no fuera por algo muy importante —siguió la voz, mientras por la cabeza de Jano continuaban dando vueltas distintas caras, como rodillos de una máquina tragamonedas—. Mirá, surgió una situación que no estoy pudiendo manejar... Y necesito tu opinión.

La emoción que percibió fue la pista decisiva: una voz de tono seguro que, sin embargo, dejaba entrever cierta debilidad. La voz de alguien que lo conocía bien, que distinguía en Jano una especie de figura paterna.

—¿Funes? ¿Sos vos?

—Sí. Te vuelvo a pedir disculpas por llamar tan tarde.

Funes, Maxi Funes. Uno de los pocos comisarios por los que Jano sentía cariño, al que hasta incluso había llegado a considerar un confidente, un amigo. “No lo estoy pudiendo manejar” era una expresión que Jano había escuchado de la boca de Funes varias veces.

—No, está bien... ¿Qué hora es? —preguntó Jano, al tiempo que prendía la lámpara de la mesa de luz.

—Tarde. Mirá, no te llamaría si no fuese por algo que... —Jano pudo captar cómo Funes peleaba consigo mismo para decir algo que le resultaba incómodo, incluso doloroso—. No te llamaría si realmente no te necesitara, lo sabés, ¿no?

—Está bien, Funes, decime.

—Te necesito acá, cuanto antes.

¿*Acá?*, pensó Jano, aún no del todo despabilado. ¿*Dónde es “acá”?* ¿*Qué tan lejos de donde estoy?* Las tareas del día siguiente se le vinieron a la mente. Tenía que comprar zapatos. Hacía tres años que no compraba zapatos. Podía esperar.

—Está en camino a tu casa una patrulla que te va a levantar para traerte.

—¿Ya está viniendo? ¿Ahora?

—Sí. Te vuelvo a pedir disculpas, Jano, pero... sos el único que puede decirme qué es lo que está pasando.

La voz de Funes vibraba grave en el tubo que de seguro removía los sedimentos de nicotina y alquitrán de cada orificio de la bocina, soplando el hollín hasta los tímpanos de Jano.

—Bueno, a ver, dejame que... —Jano balbuceó mientras intentaba leer la hora en el reloj. No tenía los lentes. Daba igual, seguro era tardísimo—. Está bien. Contá conmigo.

—Gracias, Jano.

Jano colgó. Recién en ese momento se dio cuenta de que no había preguntado adónde lo llevarían, o si podía ir sin custodia. Pensó en las adivinanzas, los retos y los juegos a los que todavía le gustaba enfrentarse para mantener la mente activa. Su hija a veces le mandaba crucigramas difíciles, o le recomendaba algún juego mnemotécnico virtual. Un gesto que, Jano estaba seguro, no era de cariño, sino más bien para dilatar su deterioro mental y así evitar tener que cuidar de él en su fase geronte. Algo que tampoco ella haría personalmente, lo haría a través de un geriátrico.

“Qué estupidez”, soltaba Jano cada vez que se ponía con esos crucigramas, como si esa basura mnemotécnica ayudara a la sangre de su cabeza a guiar neuronas en un laberinto en que cada vez más rocas de colesterol caían del cielo para destruir sus paredes y abnegar las salidas. *No necesito juegos. Necesito rivaroxabán o algún inhibidor directo de la trombina.*

Aun así, resignado seguramente por no tener nada delante ni detrás de su tiempo, Jano hacía su deber como padre y quemaba algunas horas en esas distracciones. ¿Desafíos? ¿O una

coda de esa partitura que intentó tocar toda su vida para sonar como buen padre?

El torrente de cariño entre su hija y él estaba cortado desde hacía rato; lo que quedaba era un erosionado cariño.

Guardó los pensamientos de su hija en la misma caja dentro de su cabeza donde los guardaba siempre, la cerró y dirigió su atención al llamado de Funes. Se imaginó que si lo requerían era para algo relacionado con el reconocimiento de algún cadáver. Dudó sobre si debía tomar algo antes de salir. Durante su carrera, siempre le había costado ingerir algo de comida tras la evisceración de un cadáver en la morgue: el olor a muerte lo acompañaba durante el resto del día, se le incrustaba en los orificios nasales. Creía que esta debilidad profesional se debía al hecho de haber inhalado formol durante tanto tiempo. Decidió que lo mejor era no tomar nada. En cambio, se apuró para vestirse: se puso un pantalón de corderoy marrón, una camisa sobre la camiseta blanca que usaba para dormir. Sacó del ropero el sobretodo gris que usaba para trabajar. Pero enseguida se arrepintió. Creyó más adecuado ir con algo más simple, menos formal; ya estaba retirado, ¿a quién quería engañar? Eligió una campera algo envejecida. Como un acto reflejo, se dirigió a su escritorio para armar el kit básico de reconocimiento de cadáveres: EPP, guantes, marcadores de evidencia, bolsas, una cinta de medición, pinzas, cepillos y recogedores, un termómetro. *¿Qué estoy haciendo?*, pensó de pronto. Ya no contaba con la matrícula; cualquier intervención de oficio y manipulación de pruebas implicaba meterse en líos.

Fue al baño y se roció de perfume. Siempre usaba mucho, era uno de sus rasgos de estilo: ropa lisa y mucho perfume. “Tus alumnos van a pensar que tenés una sola camisa, un solo pantalón”, se reía Helena.

El patrullero llegó. Un policía joven, pálido y ojoso, farfulló un saludo que Jano correspondió. “Guzmán”, se leía en el cartel sobre el bolsillo derecho de su camisa. Después, silencio durante el resto del viaje. Eligió no preguntarle al policía hacia dónde se dirigían. Parte de sus ejercicios mentales consistía en observar todo con atención, seleccionar los datos importantes y sacar las conclusiones por su cuenta. El silencio, en su oficio, era importante.

¿Con qué escena criminalística se encontraría ahora? ¿Con qué delito esbozado como obra de arte, como rompecabezas perfecto del que tendría que reunir las piezas probablemente esparcidas por todas las direcciones de la ciudad? Funes le había solicitado pocas veces su opinión externa, y Jano no le había negado su ayuda en ninguna. A diferencia de otros policías con los que había trabajado, él era un tipo serio, que jamás filtraba información sensible a los medios. Jano recordó el episodio de Rodrigo: lo habían convocado para el reconocimiento médico-legal del cuerpo del cantante, pero esa noche se encontraba con fiebre. El compañero que lo reemplazó había sufrido toda clase de desgracias por la filtración a los medios por parte de la policía. Funes no, Funes jamás había hecho ni haría una cosa así. En el ambiente se lo consideraba un tipo serio, un bonachón con apariencia de duro que ocultaba una gran indefensión, una adicción al tabaco y otra, más tapada pero también más tortuosa, al alcohol. Y a las películas de Mel Gibson.

Guzmán hizo un movimiento leve y Jano volvió a posar su atención sobre él. Se aferraba al volante de una manera que le dejaba los nudillos blancos del esfuerzo. *Está asustado. Es testigo de algo complejo o se mandó alguna cagada*, pensó Jano. Pensó que Funes quizá lo había llamado para tapar alguna tramoya de un grupo de amigos policías. En algún punto de las

manchas de su pasado Jano había ayudado a ese tipo de encubrimientos. *Pero Funes, ¿raro?*, vaciló el forense. Hacía mucho que no lo veía. La gente cambia. Sobre todo bajo tierra. Hay que ver cuánta tierra el alcohol y el tabaco le habían tirado a Funes encima.

Subieron a la autopista y encararon hacia el oeste. El viejo disfrutaba de esos viajes en auto. Iba en la patrulla como un perro cuando sale a pasear en auto. Mirada perdida por la ventana, tranquilo y pensativo. No iba a preguntar adónde se dirigían, ese era su juego deductivo que ponía en práctica en cada momento de su vida cotidiana como un Sherlock Holmes de bajo vuelo. Eso le mantenía la mente despierta. Se acercaban a la General Paz y Jano ya había acertado que el patrullero la cruzaría, que atravesarían esa línea de fuego para hundirse en la oscuridad del conurbano. Hacía tiempo que él vivía en Montserrat para estar más cerca de los centros médicos en los que se atendía Helena desde que “la enfermedad de mierda” la había atrapado.

Jano se había criado en El Humito, un pequeño barrio en el conurbano de Rosario al que nunca había vuelto. Se asentó en la zona del centro de Capital Federal con Helena, el viejo departamento era un cofre de recuerdos lindos de su mujer en una vida saludable. Luego de su muerte alquiló ese departamento lleno de añoranza y decidió quedarse en el pequeño dúplex de Monserrat, ese con paredes pintadas por el dolor, con angustia, con morfina e impotencia. Y, aunque luego de la partida de Helena decidió pintar esas paredes, el viejo color de la depresión aún estaba ahí, debajo de esas capas nuevas de pintura, y seguirá estando.

El patrullero tomó por la vieja Gaona tras cruzar la cancha de Vélez y Jano entendió que se dirigían a El Palomar. Mien-

tras recordaba los escalofriantes casos en los que había trabajado en la zona de la villa Carlos Gardel, donde los cadáveres quedaban tirados como cáscaras de maní a su alrededor esperando para barrerlas.

Jano volvió a fijarse en Guzmán. Seguía con la misma gélida expresión que esta vez interpretó como una preocupación por algo ajeno más que por un evento en el que él hubiera estado involucrado. Cuando un policía está involucrado en un caso de gatillo fácil, su miedo se expresa a través de la ira, de la impotencia, una bronca consigo mismo. Lo de Guzmán se parecía más a una angustia perpleja. Seguía aferrado al volante, en ningún momento lo golpeó, en ningún momento respingó.

—¿Te sentís bien? —le preguntó Jano.

—¿Eh? —dijo Guzmán, como en una exhalación.

—Si estás bien.

—Ah. Sí, sí.

Jano sintió que había movido un sapo con un palo para ver si estaba vivo. Y el sapo había saltado para esconderse. El tono de voz del oficial tampoco era neutro, a pesar de los esfuerzos que claramente había hecho para sonar despreocupado al pronunciar esas pocas palabras. Jano se preguntó si Funes le habría prohibido comentarle cualquier cosa relacionada con el hecho.

Atravesaron Hurlingham y se dirigieron hacia Ciudad Jardín. Jano tuvo una sensación de sorpresa y extrañamiento; Ciudad Jardín era una zona residencial, un barrio de clase media alta, una de esas zonas prolijas en medio de turbulentos mamarrachos. *Una isla rodeada de tiburones*. El barrio había sido construido durante la época de Perón y sus fachadas tenían un marcado estilo militar para albergar a los pilotos del aeropuerto de la zona. Había sido diseñada por un arquitecto alemán que, junto con un grupo de constructores que escaparon de la gue-

rra, habían armado ese plano hecho de calles circulares, laberínticas y tan intrincadas que cualquier conspiranoico encontraría esvásticas escondidas en cada esquina del mapa.

El patrullero avanzó por entre los chalets de formas similares, sencillos y pequeños. El verde de las hojas de los árboles, estridente hasta la repulsión, se percibía a pesar de ser aún de noche. Jano pensaba en la mezcla de influencias de la zona, que ya para fines de los ochenta era la tendencia: los hijos de militares, descendientes de nazis, hippies que se habían instalado en el barrio por cómo la arquitectura dialogaba con la naturaleza. A pesar de las diferencias, se sabía que los vecinos de Ciudad Jardín se llevaban bien; encontraban lazos de unión y maneras de beneficiarse en esa heterogeneidad. Se imaginó a un gran grupo de vecinos congregados alrededor de la escena que lo esperaba. Con sus caras inquietas, congeladas de miedo, como la de Guzmán. ¿Escucharía llantos, gritos? O peor: ¿habría un silencio total, desolador?

—¿Ciudad Jardín? —arriesgó Jano, confiado en que no se equivocaba.

Guzmán asintió sin abrir la boca.